

progresos, en caso que con noble independencia traten de emanciparse de su influjo. Atenta siempre á engrandecerse por medio de las artes y comercio, con una política mercantil en grado eminente, cubre no obstante la materialidad de los intereses con todo linage de velos; y si bien cuando se trata de los demas pueblos es indiferente del todo á la religion é ideas políticas, sin embargo se vale diestramente de tan poderosas armas para procurarse amigos, desbaratar á sus adversarios, y envolverlos á todos en la red mercantil que tiene de continuo tendida sobre los cuatro ángulos de la tierra.

No es posible que se escape á su sagacidad lo mucho que tendria adelantado para contar á España en el número de sus colonias, si pudiese lograr que fraternizase con ella en ideas religiosas; no tanto por la buena correspondencia que semejante fraternidad promoveria entre ambos pueblos, como porque seria este el medio seguro para que el español perdiese del todo ese carácter singular, esa fisonomía austera que le distingue de todos los otros pueblos, olvidando la única idea nacional y regeneradora que ha permanecido en pié en medio de tan espantosos trastornos; quedando así susceptible de toda clase de impresiones ajenas, y dúctil y flexible en todos los sentidos que pudiera convenir á las interesadas miras de los solapados protectores.

No lo olvidemos: no hay nacion en Europa que conciba sus planes con tanta prevision, que los prepare con tanta astucia, que los ejecute con tanta destreza, ni que los lleve á cabo con igual tenacidad. Como despues de las profundas revoluciones que la trabajaron, ha permanecido en un estado regular desde el último tercio del siglo XVII, y enteramente extraña á los trastornos sufridos en este período por los demas pueblos de Europa, ha podido seguir un sistema de política concertado, así en lo interior como en lo exterior; y de esta manera sus hombres de gobierno han podido formarse mas plenamente, heredando los datos y las miras que guiaron á los antecesores. Conocen sus gobernantes cuán preciso es estar de antemano apercebidos para todo evento; y así no descuidan escudriñar á fondo qué es lo que hay en cada nacion que los pueda ayudar ó contrastar; saliendo de la órbita política penetran en el corazon de la sociedad sobre la cual se proponen influir; y rastrean allí cuáles son las condiciones de su existencia, cuál es su principio vital, cuáles las cau-

sas de su fuerza y energía. Era en el otoño de 1805, y daba Pitt una comida de campo, á la que asistian varios de sus amigos. Llególe entre tanto un pliego en que se le anunciaba la rendicion de Mack en Ulma con cuarenta mil hombres, y la marcha de Napoleon sobre Viena. Comunicó la funesta noticia á sus amigos, quienes al oirla exclamaron: "todo está perdido, ya no hay remedio contra Napoleon." "Todavía hay remedio, replicó Pitt, todavía hay remedio si consigo levantar una guerra nacional en Europa, y esta guerra ha de comenzar en España." "Si señores, añadió despues, la España será el primer pueblo donde se encenderá esa guerra patriótica, la sola que puede libertar la Europa."

Tanta era la importancia que daba ese profundo estadista á la fuerza de una idea nacional, tanto era lo que de ella esperaba; nada menos que hacer lo que no podian todos los esfuerzos de todos los gabinetes europeos: derrocar á Napoleon, libertar la Europa. No es raro que la marcha de las cosas traiga combinaciones tales que las mismas ideas nacionales que un dia sirvieron de poderoso auxiliar á las miras de un gabinete, le salgan otro dia al paso, y le sean un poderoso obstáculo: y entonces, lejos de fomentarlas y avivarlas, lo que le interesa es sufocarlas. Lo que puede salvar á una nacion libertándola de interesadas tutelas, y asegurándole su verdadera independencia, son ideas grandes y generosas, arraigadas profundamente entre los pueblos; son los sentimientos grabados en el corazon por la accion del tiempo, por la influencia de instituciones robustas, por la antigüedad de los hábitos y de las costumbres; es la unidad de pensamiento religioso que hace de un pueblo un solo hombre. Entonces lo pasado se enlaza con lo presente, y lo presente se extiende al porvenir; entonces brotan á porfia en el pecho aquellos arranques de entusiasmo, manantial de acciones grandes; entonces hay desprendimiento, energía, constancia; porque hay en las ideas fijeza y elevacion, porque hay en los corazones generosidad y grandeza.

No fuera imposible que en alguno de los vaivenes que trabajan á esta nacion desventurada, tuviéramos la desgracia de que se levantasen hombres bastante ciegos para ensayar la insensata tentativa de introducir en nuestra patria la religion protestante. Estamos demasiado escarmentados para dormir tran-



quilos; y no se han olvidado sucesos que indican á las claras hasta dónde se hubiera ya llegado algunas veces, si no se hubiese reprimido la audacia de ciertos hombres con el imponente desagrado de la inmensa mayoría de la nación. Y no es que se conciban siquiera posibles las violencias del reinado de Enrique VIII; pero si que podría suceder que aprovechándose de una fuerte ruptura con la Santa Sede, de la terquedad y ambición de algunos eclesiásticos, del pretexto de aclimatar en nuestro suelo el espíritu de tolerancia, ó de otros motivos semejantes, se tantease con este ó aquel nombre, que eso poco importa, el introducir entre nosotros las doctrinas protestantes.

Y no sería por cierto la tolerancia lo que se nos importaría del extranjero; pues que esta ya existe de hecho, y tan amplia, que seguramente nadie recela el ser perseguido, ni aun molestado, por sus opiniones religiosas; lo que se nos traería y se bajaría por plantear, fuera un nuevo sistema religioso, pertrechándole de todo lo necesario para alcanzar predominio, y para debilitar, ó destruir si fuera posible, el Catolicismo. Y mucho me engaño, si en la ceguedad y rencor que han manifestado algunos de nuestros hombres, que se dicen de gobierno, no encontrase en ellos decidida protección el nuevo sistema religioso, una vez le hubiéramos admitido. Cuando se trataría de admitirle, se nos presentaría quizás el nuevo sistema en ademán modesto reclamando tan solo habitación, en nombre de la tolerancia y de la hospitalidad; pero bien pronto le viéramos acrecentar su osadía, reclamar derechos, extender sus pretensiones, y disputar á palmas el terreno á la religión católica. Resonaran entonces con mas y mas vigor aquellas rencorosas y virulentas declamaciones que tan fatigados nos traen por espacio de algunos años; esos ecos de una escuela que delira porque está por expirar. El desvío con que mirarian los pueblos á la pretendida reforma, sería, á no dudarlo, culpado de rebeldía, las pastorales de los obispos serian calificadas de insidiosas sugerencias, el celo fervoroso de los sacerdotes católicos acusado de provocación sediciosa, y el concierto de los fieles para preservarse de la infección, sería denunciado como una conjuración diabólica, urdida por la intolerancia y el espíritu de partido, y confiada en su ejecución á la ignorancia y al fanatismo.

En medio de los esfuerzos de los unos y de la resistencia de

los otros, viéramos mas ó menos parodiadas escenas de tiempos que pasaron ya; y si bien el espíritu de templanza que es uno de los caracteres del siglo, impediría que se repitiesen los excesos que mancharon de sangre los fastos de otras naciones, no dejarían sin embargo de ser imitados. Porque es menester no olvidar que en tratándose de religión, no puede contarse en España con la frialdad é indiferencia que en caso de un conflicto manifestarian en la actualidad otros pueblos: en estos han perdido los sentimientos religiosos mucho de su fuerza, pero en España son todavía muy hondos, muy vivos, muy enérgicos: y el día que se los combatiera de frente, abordando las cuestiones sin rebozo, sentiríase un sacudimiento tan universal como recio. Hasta ahora, si bien es verdad que en objetos religiosos se han presenciado lamentables escándalos, y hasta horrorosas catástrofes, no ha faltado nunca un disfraz que mas ó menos transparente, encubría empero algún tanto la perversidad de las intenciones. Unas veces ha sido el ataque contra esta ó aquella persona, á quien se han achacado maquinaciones políticas; otras contra determinadas clases acusadas de crímenes imaginarios; tal vez se ha desbordado la revolución, y se ha dicho que era imposible contenerla, y que los atropellamientos, los insultos, los escarnios de que ha sido objeto lo mas sagrado que hay en la tierra y en el cielo, eran sucesos inevitables, tratándose de un populacho desenfrenado: aquí mediaba al menos un disfraz, y un disfraz poco ó mucho, siempre cubre; pero cuando se viesen atacados de propósito, á sangre fría, todos los dogmas del Catolicismo, despreciados los puntos mas capitales de la disciplina, ridiculizados los misterios mas augustos, escarnecidas las ceremonias mas sagradas; cuando se viera levantar un templo contra otro templo, una cátedra contra otra cátedra, ¿qué sucedería? Es innegable que se exasperarian los ánimos hasta el extremo, y si no resultaban, como fuera de temer, estrepitosas explosiones, tomaría n al menos las controversias religiosas un carácter tan violento, que nos crearíamos trasladados al siglo xvi.

Siendo tan frecuente entre nosotros que los principios dominantes en el orden político sean enteramente contrarios á los dominantes en la sociedad, sucedería á menudo que el principio religioso rechazado por la sociedad, encontraría su apoyo en los hombres influyentes en el orden político: reproduciéndose con



circunstancias agravantes el triste fenómeno que tantos años ha estamos presenciando, de querer los gobernantes torcer á viva fuerza el curso de la sociedad. Esta es una de las diferencias mas capitales entre nuestra revolucion y la de otros países; esta es la clave para explicar chocantes anomalías: allí las ideas de revolucion se apoderaron de la sociedad, y se arrojaron en seguida sobre la esfera política, aquí se apoderaron primero de la esfera política, y trataron en seguida de bajar á la esfera social; la sociedad estaba muy distante de hallarse preparada para semejantes innovaciones, y por esto han sido indispensables tan rudos y repetidos choques.

De esa falta de armonía ha resultado que el gobierno en España ejerce sobre los pueblos muy escasa influencia; entendiéndolo por influencia aquel ascendiente moral que no necesita andar acompañado de la idea de la fuerza. No hay duda que esto es un mal, porque tiende á debilitar el poder, necesidad imprescindible para toda sociedad; pero no han faltado ocasiones en que ha sido un gran bien; porque no es poca fortuna cuando un gobierno es liviano é insensato, el que se encuentre con una sociedad mesurada y cuerda, que mientras aquel corre á precipitarse desalentado, vaya esta marchando con paso sosegado y magestuoso. Mucho hay que esperar del buen instinto de la nacion española, mucho hay que prometerse de su proverbial gravedad, aumentada además con tanto infortunio; mucho hay que prometerse de ese tino que le hace distinguir tan bien el verdadero camino de su felicidad, y que la vuelve sorda á las insidiosas sugerencias con se ha tratado de extraviarla. Si van ya muchos años que por una funesta combinacion de circunstancias, y por la falta de armonía entre el orden político y el social, no acierta á darse un gobierno que sea su verdadera expresion, que adivine sus instintos, que siga sus tendencias, que la conduzca por el camino de la prosperidad, esperanza alimentamos de que ese día vendrá, y de que brotarán del seno de esa sociedad rica de vida y de porvenir, esa misma armonía que le falta ese equilibrio que ha perdido. Entre tanto es altamente importante que todos los hombres que sientan latir en su pecho un corazón español, que no se complazcan en ver desgarradas las entrañas de su patria, se reúnan, se pongan de acuerdo, obren concertados para impedir el que prevalezca el genio del mal, alcanzando á esparcir en

nuestro suelo una semilla de eterna discordia, añadiendo esa otra calamidad á tantas otras calamidades, y ahogando los preciosos gérmenes de donde puede rebrotar lozana y brillante nuestra civilizacion remozada, alzándose del abatimiento y postracion en que la sumieran circunstancias aciagas.

¡Ah! oprímese el alma con augustosa pesadumbre, al solo pensamiento de que pudiera venir un día en que desapareciese de entre nosotros esa unidad religiosa, que se identifica con nuestros hábitos, nuestros usos, nuestras costumbres, nuestras leyes, que guarda la cuna de nuestra monarquía en la cueva de Covadonga, que es la enseña de nuestro estandarte en una lucha de ocho siglos con el formidable poder de la Media Luna, que desenvuelve lozanamente nuestra civilizacion en medio de tiempos tan trabajosos, que acompaña á nuestros terribles tercios cuando imponian silencio á la Europa, que conduce á nuestros marinos al descubrimiento de nuevos mundos, á dar los primeros la vuelta á la redondez del globo, que alienta á nuestros guerreros al llevar á cabo conquistas heroicas, y que en tiempos mas recientes sella el cúmulo de tantas y tan grandiosas hazañas derrocando á Napoleon. Vosotros que con precipitacion tan liviana condenais las obras de los siglos, que con tanta avilantez insultais á la nacion española, que tiznais de barbarie y oscurantismo el principio que presidió á nuestra civilizacion ¿sabeis á quien insultais? ¿sabeis quién inspiró al genio del gran Gonzalo, de Hernan Cortés, de Pizarro, del Vencedor de Lepanto? Las sombras de Garcilaso, de Herrera, de Ercilla, de Fray Luis de Leon, de Cervantes, de Lope de Vega, ¿no os infunden respeto? ¿Osaréis pues quebrantar el lazo que á ellos nos une, y hacernos indigna prole de tan esclarecidos varones? ¿Quisierais separar por un abismo nuestras creencias de sus creencias, nuestras costumbres de sus costumbres, rompiendo así con todas nuestras tradiciones, olvidando los mas embelesantes y gloriosos recuerdos, y haciendo que los grandiosos y augustos monumentos que nos legó la religiosidad de nuestros antepasados, solo permanecieran entre nosotros, como una reprension la mas elocuente y severa? ¿Consentiriais que se cegasen los ricos manantiales á donde podemos acudir para resucitar la literatura vigorizar la ciencia, reorganizar la legislacion, restablecer el espíritu de nacionalidad, restaurar nuestra gloria, y colocar de nuevo á esta



nacion desveturada en el alto rango que sus virtudes merecen, dándole la prosperidad y la dicha que tan afanosa busca, y que en su corazon augura?

### CAPITULO XIII.

**P**ARANGONADOS ya bajo el aspecto religioso, el Catolicismo y el Protestantismo en el cuadro que acabo de trazar, y evidenciada la superioridad de aquel sobre este, no solo en lo concerniente á certeza, sino tambien en todo lo relativo á los instintos, á los sentimientos, á las ideas, al carácter del espíritu humano, será bien entrar ahora en otra cuestion no mas importante por cierto, pero sí menos dilucidada, y en que será preciso luchar con fuertes antipatías, y disipar considerable número de prevenciones y errores. En medio de las dificultades de que está erizada la empresa que voy á acometer, aliéntame una poderosa esperanza: y es que lo interesante de la materia, y el ser muy del gusto científico del siglo, convidará quizás á leer, obviándose de esta manera el peligro que suele amenazar á los que escriben en favor de la religion católica: son juzgados sin ser oídos. Hé aquí, pues, la cuestion en sus precisos términos: *comparados el Catolicismo y el Protestantismo, ¿cuál de los dos es mas conducente para la verdadera libertad, para el verdadero adelanto de los pueblos, para la causa de la civilizacion?*

*Libertad*: esta es una de aquellas palabras tan generalmente usadas como poco entendidas; palabras que por envolver cierta idea vaga muy fácil de percibir, presentan la engañosa apariencia de una entera claridad, mientras que por la muchedumbre y variedad de objetos á que se aplican, son susceptibles de una infinidad de sentidos, haciéndose su comprension sumamente difícil. ¿Y quién podrá reducir á guarismo las aplicaciones que se hacen de la palabra *libertad*? Salvándose en todas ellas una idea que podríamos apellidar radical, son infinitas las modificaciones y graduaciones á que se la sujeta. Circula el aire con libertad; se despejan los alrededores de una planta para que crezca y se

extienda con libertad; se mondan los conductos de un regadío para que el agua corra con libertad; al pez cogido en la red, al avecilla enjaulada se los suelta, y se les da libertad; se trata á un amigo con libertad; hay modales libres, pensamientos libres, expresiones libres, herencias libres, voluntad libre, acciones libres; no tiene libertad el encarcelado, carece de libertad el hijo de familia, tiene poca libertad una doncella, una persona casada ya no es libre; un hombre en tierra extraña se porta con mas libertad; el soldado no tiene libertad; hay hombres libres de quintas, libres de contribuciones; hay votaciones libres, dictámenes libres, interpretacion libre, versificacion libre; libertad de comercio, libertad de enseñanza, libertad de imprenta, libertad de conciencia, libertad civil, libertad política libertad, justa, injusta, racional, irracional, moderada, excesiva, comedida licenciosa, oportuna, inoportuna: mas ¿á qué fatigarse en la enumeracion, cuando es poco menos que imposible el dar cima á tan enfadosa tarea? Pero menester parecia detenerse algun tanto en ella, aun á riesgo de fastidiar al lector; quizás el recuerdo de este fastidio podrá contribuir á grabar profundamente en el ánimo la saludable verdad, de que cuando en la conversacion, en los escritos, en las discusiones públicas, en las leyes, se usa tan á menudo esta palabra, aplicándola á objetos de la mayor importancia, es necesario reflexionar maduramente sobre el número y naturaleza de ideas que en el respectivo caso abarca, sobre el sentido que la materia consiente, sobre las modificaciones que las circunstancias demandan, sobre las precauciones y tino que las aplicaciones exigen.

Sea cual fuere la acepcion en que se tome la palabra libertad, échase de ver que siempre entraña en su significado *ausencia de causa que impida ó coarte el ejercicio de alguna facultad*: infriéndose de aquí, que para fijar en cada caso el verdadero sentido de esa palabra, es indispensable atender á la naturaleza y circunstancias de la facultad cuyo uso se quiere impedir ó limitar, sin perder de vista los varios objetos sobre que versa, las condiciones de su ejercicio, como y tambien, el carácter, la eficacia y la extension de la causa que al efecto se empleare. Para aclarar la materia propongámonos formar juicio de esta proposicion: el hombre ha de tener libertad de pensar. Aquí se afirma que al hombre no se le ha de coartar el pensamiento. Ahora bien: ¿ha-